

Abeja blanca

(Obra en 6 cuadros)

Poli Calle

PERSONAJES

SR. SORÉL., *viejo anciano.*

JOVEN.

Época actual. En cualquier residencia de ancianos de nuestro país.

Escena I

Sobre el oscuro escuchamos, bajo el rumor de las olas, las voces del VIEJO y del JOVEN.

VIEJO.- ¿No debería irme ya? Han venido todos. No está bien que les haga esperar más, ¿no cree?

JOVEN.- Sr. Sorél, despierte. Está usted dormido.

Escena II

En el insistente estruendo de olas chocando contra el acantilado, de gaviotas gritando en el silencio de la noche, la silueta encorvada de un hombre viejo permanece, en la oscuridad, sentado en un extremo de

una cama de hospital. Quieto como una estatua se diría que este hombre parece querer interpretar los detalles de una habitación extraña, donde una maleta de viaje a medio hacer descansa sobre una mesa.

VIEJO.- (Elevando la voz.) ¿Hay alguien en casa?

Ante el silencio como respuesta, decide encender la luz, justo en el interruptor cercano a la puerta de entrada. Vemos entonces que el hombre viejo viste un camisón de los que utilizan en el hospital los enfermos ingresados. En los pies zapatillas blancas. Cubren las dos muñecas gasas sucias y manchadas de sangre. Con pasos cansados el viejo avanza unos metros, en dirección a la maleta abierta sobre la mesa.

VIEJO.- (Elevando de nuevo la voz.) Clara, ¿eres tú?

JOVEN.- (Apareciendo por una de las habitaciones sentado en una silla de ruedas. El JOVEN viste elegantemente, pero destacan extrañamente un par de botas de pesca de color verde oscuro rezumando agua.) Buenas noches señor Sorél.

VIEJO. - (Sorprendido.) ¡Hijo!

JOVEN.- Lo siento, me va usted a perdonar, pero me he quedado dormido.

VIEJO.- ¿Dormido? ¡Mira como lo has puesto todo! **(Se agacha con dificultad sobre el suelo del salón. Comienza a recoger algunas conchas de mar, algas, helechos, restos de un pequeño naufragio.)** Vamos, no te quedes ahí parado y ayúdame a recoger estas cosas.

JOVEN.- Sr. Sorél...

VIEJO.- Deberías avergonzarte. ¡Basta! No te saldrás con la tuya, no pienso dejarte ir. Haz el favor de quitarte esas botas, lo estás manchando todo. Y ayúdame a recoger las conchas antes de que regrese tu madre.

JOVEN.- ¿Mi madre señor Sorél?

VIEJO.- Esta vez has ido demasiado lejos hijo.

JOVEN.- ¿Mi madre viene hacia aquí?

VIEJO.- ¡Tu madre vive aquí! ¿O es que ya no te acuerdas? **(Silencio prolongado manteniendo la mirada con el JOVEN.)** ¿Será posible que ya no te acuerdes de ella? Vive aquí con nosotros, conmigo. Vive conmigo, ¿no? **(Nuevo silencio prolongado. El VIEJO puede por fin, no sin dificultades, ponerse en pie. Se dirige al joven y cambia su tono paterno por un nuevo tono molesto y distante.)** ¿Qué hace usted aquí? ¿Quién es usted?

JOVEN.- Hoy es el día, Sr. Sorél. Quedamos en que pasaría a recogerle.

VIEJO.- ¿Quién le manda? ¿Cómo ha entrado?

JOVEN.- Estaba abierto.

VIEJO.- ¡Mentira!

JOVEN.- La puerta estaba abierta Sr. Sorél.

VIEJO.- Mire, no sé quien es usted ni que está haciendo en mi casa, pero será mejor que se marche ahora mismo.

JOVEN.- Pero Sr. Sorél, tenemos que irnos.

VIEJO.- (Intenta, torpemente, quitarse las vendas de las muñecas.) ¡Fuera!. ¡Fuera de mi casa!

JOVEN.- Creo que debería usted tranquilizarse. Tome esta pastilla, le ayudará a descansar.

VIEJO.- (Sigue con su lucha por quitarse las vendas, pero no puede.) No quiero descansar, quiero que se marche usted de mi casa ahora mismo.

JOVEN.- Hace dos días estuvimos hablando por teléfono y quedamos en que hoy pasaría a recogerle.

VIEJO.- ¿Intenta confundirme?

JOVEN.- Sr. Sorél lo único que intento explicarle es ...

VIEJO.- Déjese de explicaciones y haga el favor de marcharse si no quiere que llame a la policía. **(El JOVEN se dirige hacia la puerta de salida.)** Y quítese esas botas. Lo está usted llenando todo de agua.

JOVEN.- (Antes de desaparecer.) Sr. Sorél, no debe preocuparse por nada, no tenga miedo. Entiendo su preocupación, pero todo va a salir bien. Pregunte a María Antonieta, ella tiene la respuesta.

VIEJO.- ¿Qué respuesta? ¿Quién es María Antonieta?

JOVEN.- Yo terminaré de hacer la maleta si le parece. No tenemos mucho tiempo. Usted descanse un rato. **(Se acerca de nuevo al VIEJO.)**

VIEJO.- No se le ocurra tocarme.

JOVEN.- **(El JOVEN se levanta de la silla y la ofrece al VIEJO.)** No lo está usted poniendo nada fácil, Sr. Sorél. Sería mejor que se sentase.

VIEJO.- No pienso sentarme en esa silla. Llévesela. Le he dicho que se marche. Váyase. ¡Fuera! ¡Fuera de mi casa!

JOVEN.- Está bien. Como usted quiera.

VIEJO.- ¡Fuera de aquí! **(El JOVEN desaparece de escena y el VIEJO observa la silla de ruedas en silencio. Las olas del mar vuelven a rugir llenando el espacio de espuma y sal. Gritos de gaviotas espantando su miedo. El VIEJO no deja de observar la silla y por fin se sienta. Se mueve por escena y descubre al JOVEN que le mira en silencio, descalzo, desde la puerta.)** ¿Qué hace ahí todavía?

JOVEN.- La puerta está cerrada.

VIEJO.- Por supuesto que está cerrada, la cerré yo.

JOVEN.- No puedo salir.

VIEJO.- Sin embargo entró, ¿no?

JOVEN.- Estaba abierto, ya se lo he dicho antes. No puedo irme si la puerta está cerrada.

VIEJO.- **(Mirando sus pies desnudos.)** Esas llaves, las llaves con las que abrió, ¿no recuerda donde las dejó?

JOVEN.- Sr. Sorél, yo no tengo ninguna llave.

VIEJO.- ¿Por qué anda usted descalzo? ¿Dónde ha dejado las botas?

JOVEN.- Si de verdad quiere que me vaya, ábrame la puerta y me iré.

VIEJO.- **(Mira fijamente al JOVEN.)** Usted, ¿vive aquí?

JOVEN.- No.

VIEJO.- No vive aquí pero tiene llaves de aquí. Aunque afirma que la puerta estaba abierta, lo cierto es que usted abrió

con las llaves que ya no tiene, y no las tiene porque usted no vive aquí. Contésteme, por favor, a esta pregunta ¿cómo podría abrir la puerta de una casa que no es la suya con unas llaves que dice no tener?

JOVEN.- ¿De verdad quiere que me vaya?

VIEJO.- Sí, será mejor que lo haga. (**Intenta ponerse de pie pero no puede. El JOVEN le observa con una sonrisa en los labios.**)

JOVEN.- Estoy esperando, Sr. Sorél. Esperando a que me abra la puerta.

VIEJO.- ¡No puedo levantarme!

JOVEN.- Y yo no puedo irme entonces.

VIEJO.- ¿Por qué anda usted descalzo ahora? Usted llevaba antes unas botas de pesca.

JOVEN.- Ábrame, Sr. Sorél.

VIEJO.- De color verde oscuro. Botas mojadas como ahora lo están sus pies.

JOVEN.- Ábrame, Sr. Sorél.

VIEJO.- Mancha y ensucia mi casa con el agua de sus pies.

JOVEN.- Ábrame, Sr. Sorél.

VIEJO.- ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

JOVEN.- Nos esperan, deberíamos irnos ya.

VIEJO.- (Duda unos instantes.) ¡Estoy soñando! ¡Sueño que estoy soñando!

JOVEN.- Yo le ayudaré a levantarse, a hacer la maleta. Yo le ayudaré a escapar.

VIEJO.- ¿Quién es usted?

JOVEN.- Usted necesita ayuda, lo sabe, ya no puede vivir más tiempo aquí solo. Es peligroso. Lo es para usted y lo es para los demás.

VIEJO.- ¿A qué se refiere?

JOVEN.- Deje de atormentarse. Lo pasado, pasado está. ¿De acuerdo?

VIEJO.- Yo no pude hacer nada.

JOVEN.- Por supuesto que no.

VIEJO.- El estaba pescando cerca del acantilado, y yo le dije que se alejase de allí, ¿me oye?

JOVEN.- Lo sé Sr. Sorél, lo sé todo.

VIEJO.- ¿Qué va a saber usted? Usted no sabe nada. Le dije que se alejase de allí porque una fuerte ola podría arrastrarle mar adentro.

JOVEN.- Fue un accidente.

VIEJO.- Fue un accidente, exacto, un maldito accidente. Pero no le pasó nada.

JOVEN.- Se ahogó Sr. Sorél. Murió ahogado.

VIEJO.- Eso no es verdad.

JOVEN.- Murió ahogado y usted lo sabe.

VIEJO.- Eso no es verdad. **(Categorico.)** ¡No es verdad!.

JOVEN.- Lo es Sr. Sorél. Negar la realidad no hace que la misma se transforme.

VIEJO.- Deje de decir tonterías hombre. La realidad puede transformarse en todo momento. Ahora, en este momento, la realidad está siendo transformada, porque usted juega a inventar otra realidad. Usted no es real, no lo es. ¡Esto es un sueño!. Puedo levantarme de esta silla de ruedas cuando quiera.

JOVEN.- Hágalo entonces.

VIEJO.- **(El VIEJO se levanta enérgico y permanece de pie unos segundos. Observa al JOVEN con semblante triunfal.)** ¿Lo ve? La realidad puede transformarse en todo momento. No es verdad que él muriese, porque de ser verdad, ¿cómo podría haber hablado con él por teléfono hace dos días?

JOVEN.- Habló conmigo Sr. Sorél, conmigo, ¿recuerda? No fue con su hijo, fue conmigo.

VIEJO.- ¡Miente!.

JOVEN.- Hágame caso y descanse. ¿Quiere que le prepare algo?

VIEJO.- ¡Miente usted!

JOVEN.- Debe descansar. Yo terminaré de hacer la maleta.

VIEJO.- ¡Mentira! ¡mentira!

Escena III

El batir de olas irrumpe hasta acallar las voces del viejo. Como un fogonazo producido por un flash fotográfico, una luz blanca inunda el espacio escénico. Breve oscuro que devuelve la calma. En la claridad naranja de un atardecer de verano un viejo, sentado sobre una silla de ruedas, se convulsiona y grita en sueños, en tanto un joven enfermero, que leía un libro cerca de él, deja de leer y se interesa por el hombre viejo.

VIEJO.- (En sueños.) ¡Mentira! ¡Mentira!

JOVEN.- Sr. Sorél, despierte. Está usted dormido.

VIEJO.- (Aturdido por el sueño.) ¿Quién es usted?

JOVEN.- Se quedó dormido y estaba soñando.

VIEJO.- ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado?

JOVEN.- ¿No se acuerda de mí?

VIEJO.- Déjeme ver sus pies.

JOVEN.- ¿Cómo dice?

VIEJO.- Sus pies, déjeme ver sus pies. (El JOVEN deja al VIEJO ver sus pies. Este, después de observarlos, busca pisadas en el suelo.)

JOVEN.- Hablaba en sueños Sr. Sorél, gritaba con fuerza.

VIEJO.- ¿Podría acercarme un vaso de agua? Se me seca la boca. (Después de beber y devolver el vaso al JOVEN.) ¿Sabe? Por un momento he tenido la sensación de haber vivido esto anteriormente. ¿No le ha pasado a usted nunca algo parecido?

JOVEN.- Sí. Alguna vez.

VIEJO.- Dios mío, es como conocer el final de una película sin haber terminado de verla. Se pierde el interés.

JOVEN.- ¿Quiere que le prepare algo?

VIEJO.- En mi sueño usted también me decía eso. ¿Sabe que volví a soñar con usted?

JOVEN.- ¿Otra vez?

VIEJO.- Andaba descalzo por la casa manchando todo de agua. Absurdo, ¿verdad?

JOVEN.- Los sueños son siempre absurdos.

VIEJO.- Soñé con usted sin saber que era usted. No sé si me explico.

JOVEN.- Le comprendo.

VIEJO.- ¡Era todo tan real! (**Se observa las muñecas y comprueba que no lleva las vendas.**) Llevaba vendas sucias en las muñecas, llenas de sangre. Quería quitármelas pero no podía. Ayúdeme a levantarme.

JOVEN.- ¿Dónde va? ¿Qué quiere?

VIEJO.- Estirar un poco las piernas, se me han dormido.

JOVEN.- Espere, espere un momento, no sea tan impaciente. (**El JOVEN ayuda al VIEJO a ponerse de pie y le acerca el andador.**) Muy bien. ¿Se encuentra cómodo? ¿Necesita algo?

VIEJO.- Deje de preocuparse tanto por mí. Es ridículo. (Breve pausa) En mi sueño yo regresaba a casa después de uno de mis acostumbrados paseos por la playa. (**Breve pausa.**) ¡Cuando todavía podía valerme por mí mismo!.

JOVEN.- Nada es para siempre, ya lo sabe. Volverá a andar sin problemas.

VIEJO.- No, no lo haré, no diga tonterías. Me moriré antes.

JOVEN.- He conocido a personas mayores que usted que lo han conseguido.

VIEJO.- Me alegro por ellas. Felicítelas de mi parte.

JOVEN.- Voy a preparar café, ¿de verdad no quiere nada?

VIEJO.- (Molesto.) Ya le he dicho que no.

JOVEN.- Está bien, no se enfade. **(Inicia mutis y desaparece.)**

(El VIEJO busca en el suelo huellas de pisadas.)

VIEJO.- (Alarmado al sentirse solo.) ¿Qué hace? ¿Dónde se mete usted?

JOVEN.- (En off.) Salgo enseguida.

VIEJO.- (Irritado.) Regrese de inmediato.

JOVEN.- (En off.) Un momento por favor, no tardo nada.

VIEJO.- (Molesto.) Vuelva usted ya, necesito ir al baño. Me voy a orinar encima.

JOVEN.- (Entrando.) Vamos, vamos. Un poco de control Sr. Sorél, aguante un poco.

VIEJO.- ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? No pienso tomarme nada de lo que me dé. Me está usted envenenando.

JOVEN.- Ya tendría que estar muerto entonces.

VIEJO.- Quizá lo esté. **(El JOVEN acerca la silla al viejo.)** Pero, ¿qué hace?

JOVEN.- ¿No necesitaba usted ir al baño?

VIEJO.- Estése quieto, deje de arrimarme ese trasto inútil.

JOVEN.- Sr. Sorél, ¿no se estaba usted orinando?

VIEJO.- ¿Intenta confundirme? Es eso, ¿verdad? Intenta confundirme. Desde que me he despertado sólo intenta confundirme.

JOVEN.- Vamos a ver, ¿quiere o no quiere usted ir al baño?

VIEJO.- (Breve silencio.) En mi sueño usted era mi hijo.

JOVEN.- Sr. Sorél...

VIEJO.- Bueno, en realidad tampoco era mi hijo. Yo le confundía con mi hijo, que es muy distinto. Se le había metido en la cabeza que mi hijo estaba muerto, pero eso no es cierto,

¿verdad?

JOVEN.-

VIEJO.- ¡Claro que no! Se trataba de un sueño nada más.

JOVEN.- Sr. Sorél....

VIEJO.- A la cocina, vuelva usted a la cocina, vamos ¿no estaba en ella?

JOVEN.- (Deja la silla en su sitio.) Vuelvo enseguida.
(Inicia mutis.)

VIEJO.- Usted aparecía justo por esa puerta sentado sobre esta silla de ruedas. Lo recuerdo perfectamente. Llevaba unas botas altas de pesca, color verde oscuro, que no dejaban de gotear agua de mar. ¡Tenía un aspecto bastante cómico!.

JOVEN.- ¿Le hacía gracia?

VIEJO.- Me daba lástima. Después de intercambiar unas frases conmigo se levantó de la silla. En realidad la traía para mí. Su obsesión era que descansase en ella, que me sentase y descansase en ella.

JOVEN.- Parece cómoda.

VIEJO.- ¡Y una mierda!. Es una cosa monstruosa.

JOVEN.- Algún día, cuando vuelva a andar, la mirará con nostalgia.

VIEJO.- ¿Por qué se obstina usted en ser tan estúpido? No volveré a andar. Deje de darme ánimos inútilmente. No volveré a andar y usted lo sabe. No quiero volver a hablar de ese tema.

JOVEN.- Como usted diga. **(Desaparece de escena.)**

VIEJO.- (Recuerda el sueño.) ¡Era todo tan real! La casa estaba llena de huellas de pisadas, huellas de pisadas de agua de mar. Olía a sal.

JOVEN.- (En off.) ¿Cómo dice?

VIEJO.- Andaba descalzo sobre el suelo poniendo todo perdido. Sus pies estaban húmedos y parecían fríos. **(Como arrastrado por el sueño.)** Pies de escarcha y tiza, pies arrugados, morados, como el beso frío de los muertos....

JOVEN.- (En off.) Procure hablar más alto, no puedo entender lo que dice.

VIEJO.- (Sin prestar atención a las palabras del JOVEN.) y no dejaban de escurrir agua con ese fuerte olor a mar. ¡Tenía usted tanta prisa!

JOVEN.- (En off.) Lo siento Sr. Sorél pero no le oigo bien, tendrá que subir la voz.

VIEJO.- Decía que en el sueño usted tenía mucha prisa. Sí, eso es, prisa por llevarme a algún sitio. Según usted hoy era el día.

JOVEN.- (Entrando.) ¿Qué día?

VIEJO.- No lo sé. Usted es el experto en interpretar los sueños. Dígame que le parece.

JOVEN.- La verdad es que no estaría mal, para variar, que alguna vez me dejase llevarle a la ciudad. Un poco de aire fresco le vendría muy bien. (De nuevo mutis.)

VIEJO.- Mi hijo quería ir a pescar.

JOVEN.- (En off.) ¿Cómo dice?

VIEJO.- Decía que mi hijo quería ir a pescar.

JOVEN.- (En off.) ¿Yo quería ir a pescar?

VIEJO.- No, mi hijo. Yo le confundí con mi hijo al principio, pero usted no era mi hijo, ya se lo dije antes. Usted sólo quería que yo descansase en la silla de ruedas, esa era su obsesión, me ofrecía la silla de ruedas y me miraba con esa sonrisa estúpida que a veces pone.

JOVEN.- (En off.) ¿Puede repetir lo último? Lo siento Sr. Sorél, pero no le he escuchado bien.

VIEJO.- No tiene importancia.

JOVEN.- (Entrando de nuevo con una taza de café.) Los sueños no son la realidad, son otra forma de entender la realidad.

VIEJO.- Eso ya lo sé.

JOVEN.- Su cabeza inventa, pero por mucho que invente Sr. Sorél, no puede negar lo evidente y por eso mezcla cosas imaginarias con cosas reales.

VIEJO.- ¿Cómo por ejemplo?

JOVEN.- Esa silla. Usted quiere ignorarla, destruirla, pero

la realidad le demuestra que no puede, y a que la necesita para moverse.

VIEJO.- Hasta ahora no me está usted diciendo nada que yo no sepa.

JOVEN.- Lo siento.

VIEJO.- ¡Era todo tan real!

JOVEN.- No se deje engañar Sr. Sorél. Nada hay más real que la vida.

VIEJO.- ¿Sabe que volvió a aparecer la maleta?

JOVEN.- ¡Vaya! Creí que la última vez la había tirada por el acantilado.

VIEJO.- Estaba abierta y había un montón de cosas desperdigadas por el suelo. ¿Cómo lo interpreta?

JOVEN.- ¿Quién sabe? ¿Quiere que le lea algo?

VIEJO.- (Molesto.) No. Quiero que me diga como lo interpreta usted.

JOVEN.- ¿Nos hemos despertado hoy exigentes, Sr. Sorél?

VIEJO.- Me he despertado como me da la gana, de modo que deje de beberse mi café y comience a explicarme que significan esas cosas.

JOVEN.- ¿Su café?

VIEJO.- (Tajante.) Mi café. ¿Cree que no me doy cuenta? Debe usted pensar que porque soy viejo y estoy impedido debo ser estúpido, pero no quiero que vuelva usted a beberse mi café, ni por supuesto, que vuelva a traerme galletas con trocitos de chocolate, que como sabrá usted no puedo comer por la situación en la que me encuentro.

JOVEN.- ¿Y en qué situación se encuentra, Sr. Sorél?

VIEJO.- Enfermo. **(Irritado.)** ¡Estoy enfermo!

JOVEN.- Traje las galletas porque usted me las pidió.

VIEJO.- ¡Mentira! Las traje porque quiso. Y ahora haga el favor de decirme cómo interpreta usted el tema de la maleta en mi sueño, si no es mucha molestia.

JOVEN.- (Sonriente.) No, por favor, ninguna molestia.

Veamos, ¿por dónde quiere que empiece?

VIEJO.- (Molesto.) Deje de tratarme como a un viejo estúpido.

JOVEN.- Tranquilícese. Una maleta es el símbolo de un viaje. Si la maleta está abierta y hay cosas derramadas por el suelo...

VIEJO.- ¿Entonces es verdad que mi hijo está muerto?

JOVEN.- (Breve pausa.) Así es.

VIEJO.- (Breve pausa.) Muy bien, muy bien. Continúe. Siga. (Silencio) Vamos, ¿qué le pasa ahora? Si hay cosas derramadas por el suelo, ¿qué ocurre?

JOVEN.- Las cosas derramadas por el suelo demuestran que de alguna manera usted tiene miedo a ese viaje.

VIEJO.- ¿Miedo?

JOVEN.- A lo desconocido. Viajar es adentrarse en otra realidad. Bueno, y ahora, ¿qué le parece si le leo algo?

VIEJO.- ¿Dónde aprendió a interpretar los sueños?

JOVEN.- ¡No! Eso es una tontería. No se pueden interpretar los sueños.

VIEJO.- ¿Entonces...?

JOVEN.- Se puede jugar a interpretarlos. Es más divertido. Todo lo demás es pura burla. Ya sabe que no debe tomarse en serio todo cuanto le digo, Sr. Sorél. **(Busca un libro en el estante repleto de libros.)**

VIEJO.- (Recitando.) “Para que tú me oigas, mis palabras se adelgazan a veces, como las huellas de las gaviotas en las playas”.

JOVEN.- ¿Cómo dice?

VIEJO.- (Recitando.) “Antes que tú poblaron la soledad que ocupas, y están acostumbradas más que tú a mi tristeza”

JOVEN.- Es muy bonito.

VIEJO.- Neruda. **(Breve pausa.)** Me siento cansado y aturdido. Esas pastillas que me hace tomar me atontan la cabeza. Por favor, ayúdeme a sentarme.

JOVEN.- (Ayudando al VIEJO a sentarse en la silla de ruedas.) Y le ponen de mal humor, ¿verdad? Si le parece bien podemos dejar hoy la lectura. Descanse y duerma un poco más, le vendrá bien.

VIEJO.- ¿No se le ha ocurrido pensar que los muertos utilizan los sueños para comunicarse con nosotros?

JOVEN.- No.

VIEJO.- Nos visitan y nos hablan con la presencia y las voces de quienes nos rodean, pero en realidad son ellos quienes se manifiestan.

JOVEN.- ¿Por qué no se echa en la cama y descansa un rato?

VIEJO.- Heredamos de nuestros padres y de nuestros abuelos rasgos físicos, a veces detalles mínimos, que nos identifican ante los demás. Una mancha en el brazo, un mechón de pelo, el brillo de unos ojos. Todo se hereda, pero, ¿no ha pensado usted nunca si no heredaremos también los sueños e ilusiones de nuestros antepasados?

JOVEN.- Lo siento, va demasiado rápido para mí. No acabo de entenderle.

VIEJO.- ¿Cuáles son sus sueños?

JOVEN.- ¿Mis sueños?

VIEJO.- Sí. ¿Cuál es su sueño preferido?

JOVEN.- No sabría decirle. No...

VIEJO.- Haga un esfuerzo por recordar.

JOVEN.- No sé. De joven soñaba que podía volar.

VIEJO.- ¿Y agitaba sus brazos?

JOVEN.- ¡No! Por supuesto que no. Sólo los extendía. Observaba mi pueblo desde el cielo, con la perspectiva de un pájaro. Veía las casas, la gente, reconocía lugares, pero... bueno, sólo era un sueño.

VIEJO.- Yo más bien me refería a deseos, ganas de conquistar cosas, conocer lugares. ¿No cree posible que los sueños frustrados pasen de generación en generación, creando en nuestros hijos la necesidad de cumplirlos?

JOVEN.- Yo pienso que las cosas que ocurren en los sueños

no son nada más que señales de nuestro inconsciente.

VIEJO.- (Con curiosidad.) ¿Dónde ha aprendido eso?

JOVEN.- Es suyo, ¿lo recuerda? Escuche (**Abre el libro que estaba leyendo y recita.**) Aquí está: “Las cosas que un día se fueron, las astillas vagabundas que se consumen sin fuego, las cartas y sus rincones de luto, no son sino todo ello señales de nuestro inconsciente...”

JUNTOS.- neblina en el destierro de un ladrillo difunto”.

JOVEN.- Eso es, muy bien Sr. Sorél.

VIEJO.- A ver, déjeme ver. (**El JOVEN le acerca el libro que el VIEJO hojea en silencio.**) Imposible, no recuerdo nada. (**Lee.**) “¿Para qué quiero mis piernas si no sabría a donde ir? Andar sin saber a dónde, ¿para qué quiero mis piernas entonces” A veces tengo la sensación de que no sé muy bien quien soy, o lo que he sido. Como si viviese en el vacío, como si estuviese muerto... sin estarlo, ¿me comprende?

JOVEN.- No debe angustiarse por ello. Muchos de esos efectos están provocados por la medicación que está tomando.

VIEJO.- (Inquieto.) ¿Me está usted envenenando?

JOVEN.- Sabe que no Sr. Sorél.

VIEJO.- Porque yo no me quiero morir todavía.

JOVEN.- Usted no se va a morir.

VIEJO.- (Cambiado de actitud después de un breve silencio.) Por supuesto que no. Me moriré cuando yo lo decida y andaré cuando me de la gana. ¿De acuerdo?

JOVEN.- (Sonriendo.) Claro.

VIEJO.- De modo que deje de hacer de Dios y límitese a beber mi café. (**Observa el libro.**) Y ahora empiece a leer algo, rápido. Ocupe su tiempo en tareas provechosas, aunque ahora le parezca imposible no va a vivir eternamente. (**Ríe la ocurrencia.**) ¡Vivir eternamente!

JOVEN.- ¿Alguna preferencia especial?

VIEJO.- (Categórico.) Neruda.

JOVEN.- ¿Otra vez?

VIEJO.- Las veces que sean necesarias.

JOVEN.- ¿No prefiere que le lea algo suyo?

VIEJO.- Yo no he escrito nunca nada. Neruda joven, Neruda. **(Breve pausa en la que se coloca una manta sobre los pies.)** Cuando quiera.

El VIEJO descansa en su silla de ruedas mientras el JOVEN coge de la estantería el libro de Neruda y se sienta en el sillón a leer. Breve oscuro.

Escena IV

Sobre el oscuro escuchamos, bajo el rumor de las olas, las voces del VIEJO y del JOVEN.

VIEJO.- ¿No debería irme y a? Han venido todos. No está bien que les haga esperar más, ¿no cree?

JOVEN.- Sr. Sorél, despierte. Está usted dormido.

El VIEJO descansa sobre la silla de ruedas mientras el joven lee poemas sentado a su lado. La luz del día entra a borbotones por el ventanal abierto. Han pasado algunos días. El VIEJO muestra claros síntomas de deterioro físico y su carácter ha empeorado.

JOVEN.- “Se parecen tus senos a los caracoles blancos. Ha venido a dormirse en tu vientre una mariposa de sombra. ¡Ah silenciosa! He aquí la soledad de donde estás ausente. Llueve. El viento del mar caza errantes gaviotas. El agua anda descalza por las calles mojadas....”

VIEJO.- Como sus pies.

JOVEN.- ¿Cómo dice?

VIEJO.- (Irritado.) Siga, continúe. No pare ahora.

JOVEN.- “El agua anda descalza por las calles mojadas. De

aquel árbol se quejan, como enfermos, las hojas. Abeja blanca, ausente, aún zumbas en mi alma. Revives en el tiempo, delgada y silenciosa. ¡Ah silenciosa!” (**Breve silencio.**)

VIEJO.- (Molesto.) ¿Qué hace? ¿Se ha quedado mudo?

JOVEN.- No.

VIEJO.- Entonces continúe leyendo. No creo haberle dicho que parase.

JOVEN.- “El viento del mar caza errantes gaviotas ” ¿Qué cree usted que quiere decir Neruda con eso?

VIEJO.- ¿Cómo dice?

JOVEN.- (Repite recitando.) “El viento del mar caza errantes gaviotas” ¿Por qué cazar?

VIEJO.- Se me seca la boca, ¿podría usted, por favor, darme un vaso de agua?

JOVEN.- Claro.

VIEJO.- Muchas gracias. (**Bebe de un trago pero pausadamente y después entrega el vaso al JOVEN.**)

JOVEN.- (Observando la fotografía de una pareja sonriente sorprendidos por la fuerza de una ola golpeando el acantilado, después de dejar el vaso de agua.) ¿Dónde se hicieron esta foto?

VIEJO.- (Sin prestar atención.) No lo recuerdo.

JOVEN.- Están muy jóvenes. Su mujer era muy guapa.

VIEJO.- (Breve pausa.) Sí lo era.

JOVEN.- Se les ve felices a pesar del aguacero.

VIEJO.- Con Clara era imposible no ser feliz. (**Recitando.**) “Abeja blanca, ausente, aún zumbas en mi alma”

JOVEN.- Usted tiene un pinta formidable, ni punto de comparación a como se encuentra ahora.

VIEJO.- ¿Es usted estúpido de profesión o de formación?

JOVEN.- No se moleste Sr. Sorél, pero no hay nada más que echar un vistazo a la fotografía y verle ahora, para dudar de que sean la misma persona.

VIEJO.- (Irritado.) ¡Yo ahora estoy enfermo!

JOVEN.- Sólo era una broma, no se moleste.

VIEJO.- Esa fotografía tendrá más de 35 años, ¿entiende?
35 años

JOVEN.- ¿Está seguro?

VIEJO.- (Categórico.) ¡Por supuesto que estoy seguro! Esa fotografía está hecha en nuestro primer viaje juntos a Santander.

JOVEN.- Creí que no recordaba usted dónde se la hicieron.

VIEJO.- Pues estaba equivocado, ya lo sabe. Es Santander.

JOVEN.- Muy bien Sr. Sorél, y ahora dígame, ¿por qué cazar?

VIEJO.- Es usted muy pesado cuando se lo propone. Deje de hacerme preguntas estúpidas para no obligarme a darle respuestas idiotas.

JOVEN.- Usted también es poeta, ¿no? Tendrá una respuesta.

VIEJO.- Eso lo dirá usted.

JOVEN.- Puede que no se acuerde, Sr. Sorél, pero lo cierto es que es usted un gran poeta.

VIEJO.- Me alegro muchísimo por mí, no sabe cuanto, y ahora, por favor, ¿podría seguir leyendo?

JOVEN.- Cazar es sinónimo de matar. ¿Por qué el viento del mar querría matar gaviotas?

VIEJO.- (Corrigiendo.) Cazar no siempre es matar. Cazar también es cautivar. Cuando alguien nos gusta nos cautiva, y no por ello nos mata.

JOVEN.- El viento del mar cautiva errantes gaviotas, ¿qué le parece?

VIEJO.- ¡Horrible! Debería usted leer más y componer menos, entonces comprendería que no se deben interpretar literalmente los versos de ningún poeta.

JOVEN.- ¿Acaso cree usted que son también sueños?

VIEJO.- (Recita.) “Sueña el rico en su riqueza, que más

cuidados le ofrece; sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza; sueña el que a medrar empieza, sueña el que afana y pretende, sueña el que agravia y ofende, y en el mundo, en conclusión, todos sueñan lo que son, aunque ninguno lo entiende” ¿Nos vamos ya?

JOVEN.- ¿Dónde?

VIEJO.- ¿Dónde va a ser? A la facultad. Ayúdeme a levantarme, no quiero hacer esperar a mis alumnos.

JOVEN.- Sr. Sorél, hace años que dejó la facultad.

VIEJO.- (Molesto.) Le digo que me ayude a levantarme. ¿Quiere usted tenerme todo el día en esta silla escuchando estúpidas preguntas? ¿Quiere que falte a mis clases en la facultad? Deme mi ropa y mi bastón. **(Se encamina con la silla hacia el andador.)**

JOVEN.- (Evitando que el VIEJO intente levantarse.) Sr. Sorél, déjelo, no debe ponerse en pie.

VIEJO.- (Irritado.) ¡Haga el favor de escucharme cuando le hablo! ¡Tengo que ir a la facultad! **(Sus intentos por ponerse de pie agotan y al mismo tiempo excitan al VIEJO que ve como no puede levantarse, aún apoyándose en el andador.)**

JOVEN.- No se excite.

VIEJO.- (Irritado.) Me excito si me da la gana. Usted no manda en mí, no puede mandar en mí. **(Breve pausa.)** Por amor de Dios, es que nadie va a ayudarme a ponerme en pie **(Llora fruto de la impotencia al ver que no puede hacer uso de sus piernas. Pausa.)** “¿Para qué quiero mis piernas si no tengo a donde ir?”

JOVEN.- Cálmesese.

VIEJO.- (Llorando.) “Abeja blanca, ausente, aún zumbas en mi alma”. Ayúdeme a ponerme en pie, por favor.

JOVEN.- Cálmesese, cálmesese y deje de llorar.

VIEJO.- (Tranquilizándose poco a poco, mientras ahoga su llanto.) ¿Le importaría darme otro vaso de agua? Tengo la boca seca. **(El JOVEN le sirve otro vaso de agua.)** Muchas gracias. Y ahora, si no es mucha molestia, ¿le importaría darme unas galletas de chocolate? Tengo hambre. **(El JOVEN desaparece unos segundos de escena y regresa para dar al VIEJO unas galletas que come de manera**

mecánica mientras ahoga sus últimos sollozos. Breve oscuro.)

Escena V

Suena atroz el estruendo de las olas del mar rompiendo contra el acantilado.

La luz del atardecer encuentra al VIEJO en la silla de ruedas observando en una caja, colocada sobre una mesa, algunas cosas que mira como si fuera la primera vez que las viese. Parece haber una cierta mejoría en su estado, hasta el punto de que se permite bromear con el JOVEN.

VIEJO.- ¿Sabe una secreto? Con el tiempo las cosas que los viejos guardamos dejan de ser lo que parecen para convertirse en recuerdos, fechas, lugares. **(Entra el JOVEN de la cocina, con una camarera en la que está la cena.)** Por eso es tan importante que no olvide, porque si olvido no voy a tener recuerdos que contarle.

JOVEN.- La verdad es que me cuenta pocas cosas. **(Hace sitio en la mesa y sirve un plato de sopa al VIEJO.)**

VIEJO.- Sin recuerdos no hay historia, no hay pasado. **(Prueba la sopa.)** ¡Está rica! ¿Usted no come?

JOVEN.- No tengo hambre.

VIEJO.- Está rica, muy rica.

JOVEN.- Tenga cuidado no se vaya a quemar. Todavía está caliente.

VIEJO.- **(Apura con ansia la sopa.)** Por ejemplo, ¿ve ese libro?, ese del lomo beige con cuadros rojos, sí, ¿lo ve? Ese libro no sólo es un libro.

JOVEN.- ¿Ah no?

VIEJO.- No. Por supuesto que no. Ese libro es en realidad un beso en la mejilla. **(Recitando.)** “Me gustas cuando callas porque estás como ausente, distante y dolorosa como si

hubieras muerto. Una palabra entonces, una sonrisa bastan. Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto”. Bonito, ¿verdad?

JOVEN.- Sí que lo es.

VIEJO.- Neruda. A Clara le encantaba Neruda. Leer sus poemas me proporcionaba siempre un beso en la mejilla y un reproche. **(Termina la sopa.)** ¡Ya está! **(El JOVEN le coloca otro plato de comida.)** ¿Qué es esto?

JOVEN.- Pescado hervido.

VIEJO.- No quiero pescado. Quiero un huevo frito con chorizo.

JOVEN.- Mañana.

VIEJO.- ¡No! Siempre me dice lo mismo. Lo quiero ahora. El pescado cómaselo usted si quiere. Quiero un huevo frito con chorizo.

JOVEN.- Sr. Sorél, sabe que no puede comer huevos.

VIEJO.- ¿Y eso quien lo dice?

JOVEN.- Su médico.

VIEJO.- Mi médico no tiene ni idea de lo que yo puedo o no puedo comer. No me comeré ese pescado, quiero un huevo frito con chorizo. Y patatas, patatas fritas también.

JOVEN.- Vamos, deje usted de comportarse como un niño y coma. Está muy bueno.

VIEJO.- ¿Lo ha probado usted?

JOVEN.- No.

VIEJO.- Entonces ¿cómo sabe que está bueno? Huele mal.

JOVEN.- No me haga enfadar y comience a comer.

VIEJO.- No quiero.

JOVEN.- (Con un trozo de pescado en el tenedor.)
¡Vamos! **(Impaciente.)** ¡Abra la boca!

VIEJO.- No quiero.

JOVEN.- ¡Abra la boca! **(El VIEJO niega con la cabeza. El JOVEN permanece con el trozo de pescado en el tenedor.)** Voy a contar hasta tres. Si no come usted me llevaré el plato y no le daré nada hasta el desayuno.

VIEJO.- ¿Sería usted capaz?

JOVEN.- Uno

VIEJO.- ¿Negaría usted comida a un pobre viejo como yo?

JOVEN.- Dos...

VIEJO.- ¿Ni galletas con trocitos de chocolate?

JOVEN.- Nada de nada, de modo que abra la boca y coma. **(El VIEJO niega con la cabeza.)** Dos y media y**(antes de que diga tres el VIEJO le quita el tenedor y se mete el trozo de pescado en la boca.)** Así me gusta.

VIEJO.- Voy a denunciarle. Le denunciaré por malos tratos. La próxima vez que venga el médico le diré que me niega usted la comida.

JOVEN.- Me parece muy bien. Yo también pienso denunciarle por pésimo enfermo. Hace usted que me enfade.

VIEJO.- ¡Déjeme cenar en paz! **(Silencio mientras el VIEJO come el pescado. El JOVEN le sirve un vaso de agua.)** Quiero vino.

JOVEN.- Ahí lo tiene, vino blanco, tan blanco tan blanco como el agua.

VIEJO.- Voy a denunciarle.**(Irritado.)** ¡Voy a denunciarle!.

JOVEN.- Ya lo sé. Pero primero termine de cenar.

Breve silencio mientras el VIEJO come y el JOVEN le mira con tristeza.

JOVEN.- ¿Qué le reprochaba su mujer cuando le leía esos poemas?

VIEJO.- (Pausa.) Que yo no fuera Neruda para escribirle versos tan bonitos, pero como mal menor decía que yo los recitaba mejor que él, ¿puede creerlo?

JOVEN.- Supongo que si ella lo decía, no le faltaría razón.

VIEJO.- No recuerdo escribir poesía, pero sí recuerdo leerla. Leer a Clara poemas de Neruda mientras las olas del mar rompían en este acantilado.**(Breve pausa. Silencio.)** ¿Las oye? ¿Oye como habla el mar? Las olas golpean con furia las

piedras del acantilado, repitiendo el mismo gesto miles, millones de veces. **(Silencio.)** ¿Lo oyó usted? **(Breve silencio. Recita de nuevo.)** “He aquí la soledad de donde estás ausente. Llueve. El viento del mar caza errantes gaviotas” **(Breve pausa.)** La poesía es el reflejo del alma. Cuando el alma protesta y se queja, hace poesía. Yo leía a Clara poemas de Neruda mientras las olas rompían el acantilado y ella luego le daba un color.

JOVEN.- ¿Un color?

VIEJO.- Al poema. Para Clara había poemas verdes como inmensos campos de hierba fresca, poemas azules como el cielo despejado en un día de primavera, poemas rojos como el crepitar de la sangre fresca, amarillos como la cólera de un huracán, naranjas como una puesta de sol en Septiembre, violetas como los besos fríos de los muertos, añiles como los ojos profundos del amor, y también había, por supuesto, poetas de colores. Neruda era un arco iris.

JOVEN.- ¿Y usted? ¿Qué color era usted?

VIEJO.- Morado como el beso frío de los muertos. Ella habría dicho eso. Anoche volví a soñar con ella, ¿se lo había contado?

JOVEN.- Sí, pero coma, coma un poco más.

VIEJO.- ¡Era todo tan real! Sobre la mesa la maleta estaba abierta. Por el suelo había restos de cosas, no recuerdo muy bien que, el caso es que usted se ponía a recoger esas cosas y a introducirlas en la maleta.

JOVEN.- Creí que había dicho que soñó con su mujer.

VIEJO.- Sí, claro, con mi mujer, eso he dicho, ¿no? **(Pausa.)** Usted recogía y metía en la maleta conchas de mar. Sus pies continuaban mojando el suelo. Entonces entre las conchas, me enseña un huevo de madera, nacarado, reluciente. Le contesto que parece un huevo de los que se usan para zurcir, me comprende, ¿verdad?.

JOVEN.- Si.

VIEJO.- Intenta romperlo golpeándolo con insistencia sobre la mesa. Yo le digo que no sirve de nada, que no se romperá y después de un breve silencio vuelve usted a guardarlo en la maleta. Había también un casco, o un sombrero, no recuerdo muy bien, un paraguas sin tela, sólo la estructura metálica, folios blancos manchados de tinta roja, libros, montones de

libros, dos paquetes de cigarrillos sin abrir. **(Pausa.)** ¿Me dará usted hoy un cigarrillo después de cenar?

JOVEN.- Sabe que no puede fumar.

VIEJO.- Si me como todo el pescado, ¿me dará un cigarrillo?

JOVEN.- No.

VIEJO.- Le denunciaré también.

JOVEN.- No busque una explicación real a los sueños, Sr. Sorél. No la tienen.

VIEJO.- Sí, claro, no la tienen. Señales de nuestro inconsciente, ¿no?

JOVEN.- Así es.

VIEJO.- De la maleta también rezumaba agua. Caía lentamente, gota a gota, sobre sus pies. Tac, tac, tac.... **(Como recordando.)** Y había babosas.

JOVEN.- ¿Babosas?

VIEJO.- Sí, subiendo y bajando por las faldas de la mesa. Esos bichos de forma gelatinosa, esos caracoles sin casa, huérfanos de techo. **(Recitando de forma cantarina.)** “Babosas gelatinosas, caracoles sin casa, huérfanos de techo, piel mojada y húmeda...**(Piensa y concluye.)**... etéreas formas de gasa”. **(Sonríe).** Está bien, ¿no?

JOVEN.- No está mal.

VIEJO.- ¡Era todo tan real! ¿Sabe que en mi sueño no había forma de deshacerme de usted?

JOVEN.- ¿Por qué me quiere tan mal?

VIEJO.- No me haga responderle. ¿Le dije que pienso denunciarle?

JOVEN.- Sí, y a me lo dijo.

VIEJO.- Le echaba de casa porque me daba miedo. No me pregunte la causa, no sabría responderle, pero había algo en usted que me impedía mirarle a la cara y mostrarme sereno. Usted era los ojos de mi mujer, la sonrisa de mi hijo, la voz de mi conciencia quizá. Hablaba con usted y tenía la sensación de estar hablando conmigo mismo. No sé si me entiende.

JOVEN.- No importa tanto lo que yo entienda como lo que

usted interprete.

VIEJO.- Lo que quiero decirle es que por más que yo le apartaba de mí, de mi casa, usted siempre tenía una excusa para volver.

JOVEN.- ¿Excusa?

VIEJO.- Las llaves, por ejemplo, la puerta, la maleta, una tal María Antonieta. Excusas, maneras de retrasar lo inevitable. Recuerdo que usted no dejaba de hablar de una tal María Antonieta. ¿Ese nombre le dice algo?

JOVEN.- No.

VIEJO.- Si yo le preguntaba cómo había entrado en mi casa, usted me respondía que preguntase a María Antonieta. Si yo quería saber a qué había venido a mi casa, usted me decía que la respuesta era María Antonieta.

JOVEN.- No conozco a nadie con ese nombre.

VIEJO.- Recuerdos de nuestro inconsciente ¿Es verdad que eso que leyó el otro día lo escribí yo?

JOVEN.- Así es.

VIEJO.- Morado como el beso frío de los muertos, ¿verdad Clara?

JOVEN.- ¿Recuerda usted haberlo escrito?

VIEJO.- No.

JOVEN.- ¿Y no recuerda tampoco que se barajase su nombre para concederle el Cervantes?

VIEJO.- ¿Quién es ese Cervantes?

JOVEN.- (Breve pausa.) Cervantes, Sr. Sorél, Miguel de Cervantes, el autor de El Quijote.

VIEJO.- No sé de quien me habla. **(Silencio.)** ¿Por qué me mira así? ¿Tendría que saberlo? ¿Tendría que saber quien es ese Miguel de Cervantes? No sé muy bien todavía quien soy yo, pero tendría que saber quien es ese hombre, ¿verdad?

JOVEN.- No tiene importancia.

VIEJO.- Sí la tiene. Para usted es posible que no la tenga, que sólo se trate de una jugarreta de mi cabeza, de un olvido más de mi memoria. Al fin y al cabo este viejo ñoño que no puede valerse por sí mismo, olvida todo, pero, ¿a quién le

importa?

El VIEJO y el JOVEN se miran en silencio, hasta que el viejo no puede contener más la risa y estalla en una carcajada.

VIEJO.- Hombre, no sea usted tan ingenuo. ¡Era una broma!. Sólo le estaba gastando una broma. **(Más risas.)** Me miraba usted como si yo fuese de otro mundo. **(Pausa.)** ¿Sabe una cosa?

JOVEN.- Dígame.

VIEJO.- Es un secreto más bien, algo que debe usted prometer no decir a nadie.

JOVEN.- Lo prometo.

VIEJO.- Estaba rico. El pescado, el pescado estaba rico.

JOVEN.- Ya se lo dije.

VIEJO.- Pero la próxima vez quiero huevos fritos con chorizo.

JOVEN.- Mañana. **(Retirando el plato...)** ¿Qué va a querer de postre?

VIEJO.- Natillas. **(Riendo.)** Natillas con melón y flan. **(Como recitando un poema.)** Flan con melocotón. Frutas variadas con salsa de chirimoyas, peras, sandía, manzana cortada en rodajas frías. Helado de castañas y nueces peladas. **(Más risas.)**

JOVEN.- Va usted a reventar.

VIEJO.- (Riendo de buena gana.) Reventar, explotar, hinchar, trinchar, camelar, sudar, elevar, tamizar, tomar.

JOVEN.- Está usted hoy de muy buen humor.

VIEJO.- (Gritando.) Humear, saciar, cambiar, amar, besar, acariciar, matar. **(Breve pausa.)** Cervantear **(Y estalla en una carcajada.)**

Escena VI

Breve oscuro mientras las olas del mar golpean todavía con más fuerza el acantilado y acallan las carcajadas del VIEJO. El JOVEN observa por el ventanal el día gris. El VIEJO descansa en la cama que tiene colocado sistema de goteo. Se ha producido un claro deterioro físico y mental del VIEJO que cada vez vive más cerca de un mundo irreal habiendo perdido casi por completo el contacto de la realidad.

VIEJO.- (Gritando en sueños) Clara, ¿eres tú? **(El VIEJO despierta repentinamente. Observa la habitación como si le costase salir del sueño. Encuentra al JOVEN frente a él.)**
¿Encontró el acantilado?

JOVEN.- No hay mar en este pueblo, Sr. Sorél.

VIEJO.- ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

JOVEN.- No se preocupe por nada.

VIEJO.- ¿Dónde están Clara y mi hijo?

JOVEN.- Todavía está usted medio dormido, Sr. Sorél.

VIEJO.- Las llaves de la puerta de la calle, ¿dónde están?

JOVEN.- Tranquilícese. No se excite.

VIEJO.- Yo puedo escuchar el zumbido de las olas contra las piedras del acantilado, pero no consigo ver el mar a través de la ventana.

JOVEN.- Porque no hay mar en este pueblo.

VIEJO.- (Molesto.) Eso lo dice usted que todo lo sabe.

JOVEN.- ¡Vaya! Sigue usted como el tiempo, revuelto.

VIEJO.- Sigo como me da la gana y quiero.

JOVEN.- Bueno. Será mejor cambiar de tema, ¿no le parece?

VIEJO.- Deje de decirme lo que tengo o lo que no tengo que hacer, deje de ser mi padre y mi madre, tengo edad suficiente para ser su abuelo.

JOVEN.- Sr. Sorél, será mejor que se tranquilice un poco.

VIEJO.- ¡Váyase a la mierda!

JOVEN.- Muy bonito. Yo me preocupo por usted y usted me manda a la mierda.

VIEJO.- (Irritado.) A la mierda. ¡Váyase usted a la mierda joven!

JOVEN.- Muy bien, pero antes vamos a mover un poco esas piernas.

VIEJO.- No quiero. Lo que quiero es que le diga usted a mi mujer que quiero verla.

JOVEN.- Me temo que eso va a ser imposible, Sr. Sorél.

VIEJO.- No me venga ahora con esas, quiero ver a mi mujer. Dígale que venga.

JOVEN.- Su mujer está muerta.

VIEJO.- No me importa. Dígale que venga. ¿Acaso cree usted que el hecho de estar muerto impide a una persona estar presente?

JOVEN.- (Cogiendo una pastilla de la mesa.) Será mejor que se tome esto.

VIEJO.- ¿Quiere hacer el favor de decirle a mi mujer que necesito verla?

JOVEN.- Tome.

VIEJO.- (Gritando.) ¡Clara! ¡Clara! ¿dónde estás?

JOVEN.- Vamos Sr. Sorél, tiene que tomarse la pastilla. Vamos. **(El VIEJO acepta tomar la pastilla y llora, lo que provoca que se calme momentáneamente.)** Eso es, muy bien, muy bien.

VIEJO.- (Sollozando.) Me duelen, me duelen mucho.

JOVEN.- ¿Qué le duele?

VIEJO.- Las piernas.

JOVEN.- (Situándose de rodillas frente al VIEJO e iniciando un masaje sobre las mismas, que cuelgan de la cama.) No sea perezoso y estire un poquito más. Eso es.

VIEJO.- Quiero dejarlo ya.

JOVEN.- Sólo un poquito más. No se desanime ahora.

VIEJO.- Me duelen, me duelen mucho.

JOVEN.- Lo sé, pero si no las estira, si no hace ejercicio con ellas, le dolerán mucho más aún.

VIEJO.- ¡Estoy cansado de vivir así!

JOVEN.- Un poco más. ¿Qué tal?

VIEJO.- (Breve silencio.) ¿Cree usted en el destino?

JOVEN.- ¡No! Me cuesta creer que todo esté escrito en alguna parte, ¿siente mejoría?

VIEJO.- No sea ridículo. No hay necesidad de creer en algo para que en cualquier caso exista. La primera vez que monté en un tren me equivoqué de andén. No lo dude, fue el destino. Gracias a ese fortuito error conocí a mi mujer.

JOVEN.- Un simple error no demuestra nada.

VIEJO.- (Irritado.) ¡Por supuesto que no! ¡Qué ocurrencias! **(Molesto.)** ¡Ah! Tenga cuidado.

JOVEN.- Lo siento.

VIEJO.- Me bajé del tren en cuanto pude. Y ahí estaba yo, un joven provinciano con una maleta llena de libros y un calor agobiante en una estación sucia y abandonada. Hacía mucha calor, se lo dije ya ¿no?

JOVEN.- Así es.

VIEJO.- ¿Quiere creerme si le digo que nada más bajarme del tren supe que allí conocería a la mujer de vida?

JOVEN.- ¿En serio? ¿Y como fue? ¿Tuvo una revelación o le habló Dios desde los confines del universo?

VIEJO.- Deje usted de ser tan estúpido.

JOVEN.- Disculpe.

VIEJO.- Fue el destino otra vez. La casualidad.

JOVEN.- La casualidad es juguetona.

VIEJO.- Escuche, ahora lo sé, todo en la vida se rige por la ley de la casualidad, una combinación de circunstancias que no se pueden prever ni evitar, un encadenamiento de sucesos necesarios, pero fatales, bajo los que no hay control alguno. Todo es destino. ¿Recuerda cuando le dije que el lenguaje de los muertos eran los sueños?

JOVEN.- Sí.

VIEJO.- ¿Y cuando le dije que usted aparecía siempre en mis sueños, pero que en realidad no era usted? Ahora sé que

mi mujer habla por su boca. **(Parece pensar.)** Si no me cree, ponga atención. ¿Cómo se llamaba esa mujer que tenía repuesta para todo? ... La de las llaves, esa que usted siempre nombra en mis sueños ¿Cual era su nombre?

JOVEN.- ¿María Antonieta?

VIEJO.- ¡Exacto! ¿A que no sabe como se llamaba la mujer de Neruda?

JOVEN.-

VIEJO.- Esta mañana lo recordé. ¿Me cree ahora? ¿Lo entiende ahora? Todo en la vida tiene un origen casual. Sueño que sueño y que tomo pastillas para olvidar lo que sueño.

JOVEN.- Me va a perdonar pero me he perdido. No entiendo nada de lo que dice.

VIEJO.- No hay mucho que entender. Déjelo, déjelo ya. Estoy mucho mejor.

JOVEN.- ¿Quiere que le prepare algo?

VIEJO.- Acérqueme usted ese vaso de agua. Tengo seca la boca. **(El JOVEN acerca el vaso de agua al VIEJO.)** Gracias. **(Pausa)** ¿De qué estábamos hablando?

JOVEN.- Me contaba usted cómo conoció a su mujer.

VIEJO.- ¿Qué mujer?

JOVEN.- La suya. Me hablaba de un tren que cogió por error y que le llevó a conocer a...

VIEJO.- La señorita Clara Contreras, que apareció ante mi como una ilusión. ¡Tan guapa! ¡Tan sonriente!

JOVEN.- (Después de un silencio del VIEJO.) ¿Y qué ocurrió?

VIEJO.- ¿Cómo?

JOVEN.- ¿Qué pasó? ¿Qué le dijo?

VIEJO.- (Largo silencio mirando al JOVEN.) Aunque usted no lo sepa, yo no dejo de ser nada más que un juguete entre sus manos.

JOVEN.- ¿Eso le dijo?

VIEJO.- ¡Y se quedó de piedra!

JOVEN.- No me extraña.

VIEJO.- Fue verla y experimentar que acababa de perder mi voluntad. Me sentía un poco estúpido.

JOVEN.- ¡Un auténtico flechazo! Vaya a que sí. ¿Qué más le dijo?

VIEJO.- Le pregunté si sabía cuando pasaba el próximo tren. Me dijo que no tardaría mucho. Tenía razón, al cabo de poco más de media hora la locomotora anunció su presencia allá por el horizonte. ¿Va usted a Madrid?, le dije para romper el silencio que se había instalado entre nosotros. No, me contestó con una sonrisa. ¿Qué hace aquí entonces? He venido a verle a usted, me respondió. **(Silencio.)**

JOVEN.- No me lo puedo creer.

VIEJO.- Puede usted hacer lo que quiera, pero ocurrió tal y como se lo cuento. Ella me dijo que la noche anterior soñó que un apuesto joven bajaba de un viejo tren de pasajeros y esperaba al nuevo tren en la estación.

JOVEN.- ¿Cómo pudo soñar eso?

VIEJO.- Soñó más todavía, soñó que el apuesto joven vendría con una maleta repleta de libros y que cubriendo su cabeza llevaría una sombrero negro de ala ancha.

JOVEN.- ¿Usted...?

VIEJO.- Sí. Todavía lo guardo. Por ahí debe de estar. No puede imaginarse lo que sentí en esos momentos. Me temblaban las piernas y me retumbaba el corazón en el pecho.

JOVEN.- Me está usted gastando una broma.

VIEJO.- (Sonriendo.) La locomotora cada vez estaba más cerca y su insistencia en pitar impedía que escuchase nítidamente la voz de Clara. Me dijo que en su sueño el apuesto joven tomaba el tren de regreso a Madrid, dejándola allí sola y triste. Justo en ese momento la locomotora entraba en la estación y paraba a mi lado.

JOVEN.- ¿Y qué hizo Sr. Sorél?

VIEJO.- ¿Qué habría hecho usted?

JOVEN.- Si todo lo que me ha contado es cierto, cosa que dudo, me habría quedado, por supuesto. No habría cogido ese tren.

VIEJO.- (Riendo.) ¿Por qué?

JOVEN.- Al menos no lo habría cogido hasta terminar de aclarar ese extraño sueño. Si a mí me hubiese ocurrido algo así, no podría haber dejado de pensar en ello ni un solo momento. Jamás me habría perdonado el no haberme quedado.

VIEJO.- De nuevo el caprichoso destino.

JOVEN.- Pero, ¿qué hizo usted?

VIEJO.- Naturalmente subirme al tren. **(Silencio.)**

JOVEN.- ¿Por qué?

VIEJO.- Porque no podía hacer otra cosa si quería cumplir el sueño de Clara. ¿No lo entiende? Ella se quedaba sola y triste en la estación mientras el apuesto joven subía al tren. ¿Quién era yo para romper su sueño en mil pedazos? **(Breve pausa.)**

JOVEN.- No puedo creerme que usted subiera a ese tren.

VIEJO.- (Recitando.) “Abeja blanca, ausente, aún zumbas en mi alma. Revives en el tiempo, delgada y silenciosa”

JOVEN.- Me ha tomado el pelo, ¿verdad?

VIEJO.- (Recitando.) “El agua anda descalza por las calles mojadas. De aquel árbol se quejan, como enfermos, las hojas”.

JOVEN.- Dígame, ¿entonces es mentira?

VIEJO.- (Recitando.) “Soy el desesperado, la palabra sin ecos, el que lo perdió todo, y el que todo lo tuvo”.

JOVEN.- (Comprendiendo de golpe.) Lo que acaba de contarme, la extraña forma en la que conoció a su mujer, lo de esa sucia estación de tren abandonada, todo es mentira.

VIEJO.- ¡¡¡¡Shiiiiii!!!! **(Con los ojos cerrados.)** “ He aquí la soledad de donde estás ausente. Llueve. El viento del mar caza errantes gaviotas”. Puede que en algún lugar de mi cabeza todos esos recuerdos no sean más que sal disuelta en agua. ¡Estoy cansado de vivir!. Muy cansado. Estoy cansado de estar vivo, aunque más cansado sería el estar muerto como diría Cernuda. ¿Cuánta cantidad de esas pastillas serían necesarias para dormir sin miedo a despertar?

JOVEN.- No empiece usted otra vez con eso, por favor.

VIEJO.- No es usted tan estúpido. Por fin descifré el enigma de mi sueño. Fue cuando usted entraba y salía de casa con sus mojadas botas verdes de pescador y manchaba el salón de agua de mar. No tenía usted razón, sí que se pueden interpretar los sueños. Clara me dice cómo.

JOVEN.- Sr. Sorél, su mujer está muerta.

VIEJO.- Ya sé que está muerta, no sea ridículo. Me sorprende su falta de sentido del humor. Reconocer la evidencia de su muerte me ha costado... ¿cien años? ¿doscientos quizá? ¿Qué sabrá usted de eso? ¿Por qué cree sino que está usted aquí? Ella muere y yo enloquezco. ¡Así de sencillo! Mi hijo muere y yo enloquezco ¿Lo entiende? Me podría pasar el resto de mi vida enloqueciendo a cada segundo, dormido por la droga, sin razón ni sentido, vegetal que come, respira y duerme. Así a todas horas, en todo momento. Me podría pasar el resto de mi vida ausente de mí, añorando la dulce o la amarga muerte, pero ¡vivo! ¡Estúpidamente vivo! Pero ella no puede seguir esperándome eternamente, ¿me entiende verdad?

JOVEN.- No.

VIEJO.- No está bien hacer esperar a los muertos. Entre otras cosas porque no es cierto que vivan toda una eternidad. Eso es mentira. También los muertos tienen su tiempo que desde luego no es otro que el nuestro. Pero dejemos la filosofía barata a un lado, no quiero aburrirle con mis cosas. ¿Va a ayudarme entonces?

JOVEN.- ¿A qué?

VIEJO.- Ya sabe a qué. Ayúdeme a regatear al caprichoso destino. Deje que me quede en la estación, deje que pierda el tren. ¿Para qué subir a él cuando no hay destino posible para mí? ¿Para qué quiero mis piernas si no tengo adonde ir?

JOVEN.- Eso es una tontería.

VIEJO.- “Soy el desesperado, la palabra sin ecos, el que lo perdió todo, y el que todo lo tuvo. He aquí la soledad de donde estás ausente. Llueve. El viento del mar....

JOVEN.-caza errantes gaviotas.” Ya lo sé.

VIEJO.- Ayúdeme a batir mis alas adormecidas por sus drogas. Deje que el viento del mar cace mi errante alma. ¡Hoy es el día joven! Usted lo repetía en el sueño.

JOVEN.- Sabe que no puedo hacerlo.

VIEJO.- ¡No!. Sé que no debe hacerlo, pero también sé que puede.

JOVEN.- No puedo, no quiero, no lo haré Sr. Sorél.

VIEJO.- Considere como Sócrates que el mal no es producto de la voluntad sino más bien fruto de la ignorancia. No se deje llevar por la ignorancia. Los demás no tienen que vivir eternamente de prestado. Usted piensa que no debe hacerlo porque va en contra de todo cuanto le ha sido enseñado, pero no haga caso a las apariencias, no sea tan ... ignorante. María Antonieta compraba galletas de chocolate que Neruda no podía comer, pero aún así las compraba con el convencimiento de que de necesitarlo, él tendría siempre una galleta de chocolate que echarse a la boca. Aumente la dosis joven, aumente la dosis de esa dulce droga para que pueda volver a contar historias inventadas a esa mujer del retrato, mi querida Clara, el alma gemela que Dios me burló. **(Pausa.)** Hay que ver, cada vez cuesta más mantenerse sereno con esas pastillas que usted me da. **(Pausa.)** Voy a dormir un rato, un suspiro, No se vaya, no se vaya. **(Pausa.)** Al menos hasta que yo no lo haga. **(Breve pausa.)** Joven, ¿no cree que debería irme ya?

(El JOVEN observa al VIEJO mientras poco a poco y muy lentamente se va produciendo el oscuro que esta vez se lleva para siempre el murmullo de un mar imaginado, hasta quedar la escena en el más absoluto de los silencios.)

FIN